

En los naipes echados bajo la luz de la lámpara
como polvorientas mariposas disecadas,
traspasando el tapete y el humo,
veo surgir lo que más me valdría no ver
cuando tintinean las horas en los vasos
y anuncian la llegada del insomnio: el creciente
miedo a tener miedo de la opresión del tiempo,
del desgaste del cuerpo, de que nada me defienda.
Un anciano aparta imágenes pasadas
y mira, no sin sentir un escalofrío,
la lluvia gélida llamando a la puerta del jardín.

A la hora en que la luz oculta su rostro
entre nuestros cuellos, alguien grita las noticias de la tarde,
alguien nos destroza. El aire es tibio. Gente de paso
por esta ciudad podrá incluso sentarse unos minutos
a la orilla del río donde se agita un árbol apenas verde,
después de haber comido deprisa; ¿también yo
tendré tiempo de hacer ese viaje antes de que llegue el invierno,
de abrazarte antes de partir? Si me amas,
reténme a tu lado, sólo hasta que recobre el valor,
hasta la primavera al menos, y que nos dejen marchar tranquilos
a lo largo de la trémula paz del río, muy lejos,
allí donde se encienden las fábricas inmóviles...
Y nada de volverse. Porque el extranjero, en su camino,
si se gira se convertirá en estatua:
no hay más remedio que avanzar. Y las ciudades
que aún queden en pie serán pasto de las llamas. Es una suerte
que yo ya haya visitado Roma, el año anterior,
que nos amáramos rápidamente, antes de que no estemos,
y que una vez más nos mirásemos y abrazásemos apresurados,
antes de que alguien gritara “Le Monde” en nuestro último mundo
o “Ce Soir” en la última hermosa tarde en que nos fundimos...
Tú te irás. Ya tu cuerpo es menos cierto
que el torrente en que se consume, y ese humo en lo alto
tiene más raíces que nosotros. Es inútil
intentarlo. Mira el agua, cómo fluye
por la raja abierta entre nuestras dos sombras. Es el fin,
ya no tenemos ganas de seguir jugando a ser los más listos.